

Bioética y Ecología: un encuentro cada vez más necesario.

En un mundo en que la tecnociencia ha generado y sigue generando conocimientos que, en gran medida, no son objeto de reflexión crítica; en el que los científicos han alcanzado un altísimo grado de especialización con una consecuente pérdida del dominio y la conexión que sus saberes tienen con el resto del patrimonio cultural humano, no podemos dejar de preguntarnos por la responsabilidad que nos corresponde como humanidad –en el grado que a cada uno le quepa- por el cuidado de nuestra “casa común”¹.

El tema ya no es novedoso pero no por eso deja de ser urgente su tratamiento. Las reflexiones bioéticas que dieron comienzo hace unos cincuenta años, cuando se empezó a constatar que en algunos ámbitos el avance de los conocimientos científicos relacionados con la salud iba emparentado con excesos injustificables desde el punto de vista ético, forman parte de una corriente de reflexión más amplia que puso en el tapete la cuestión más general de la relación entre el hombre y la utilización de la ciencia y la técnica. Prueba de ello son los trabajos de Heidegger², Ortega y Gasset³, Arendt⁴, Habermas⁵, y Jonas⁶, entre otros.

El llamado a un uso responsable de los avances científicos plasmados en las nuevas tecnologías ha llegado desde diferentes sectores ya que “ante un potencial casi escatológico de nuestra tecnología, la ignorancia sobre las últimas

¹ Francisco, Carta enc. *Laudato si*, (24 de mayo 2015), 13.

² Cf. Martin Heidegger, *La pregunta por la técnica* en “Heidegger, M., Conferencias y Artículos”, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1994, pp. 9-37.

³ Cf. José Ortega y Gasset, *Meditación de la técnica y otros ensayos sobre ciencia y filosofía*, Madrid, Revista de Occidente/Alianza, 1982.

⁴ Cf. Hannah Arendt, *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1993.

⁵ Cf. Jürgen Habermas, *Teoría y praxis*, Madrid, Tecnos, 1990.

⁶ Cf. Hans Jonas, *El principio de responsabilidad: Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*, Barcelona, Herder, 1995.

consecuencias será, por sí sola, razón suficiente para una moderación responsable.”⁷

Ahora bien, para hacer un uso responsable de la tecnología, hace falta un sujeto consciente, y el problema que se le presenta a la sociedad de consumo actual es que se propone eliminar la conciencia a partir de la publicidad constante e invasiva que busca –y generalmente lo logra- crear necesidades donde no las hay. Zygmunt Bauman se refiere a ello al decir que

“cuando el deseo es apartado de la espera, y la espera se separa del deseo, la capacidad de consumo puede extenderse mucho más allá de los límites impuestos por las necesidades naturales o adquiridas, o por la duración misma de los objetos de deseo. La relación tradicional entre las necesidades y su satisfacción queda entonces revertida: la promesa y la esperanza de satisfacción preceden a la necesidad y son siempre mayores que la necesidad preexistente, aunque no tanto que impidan desear los productos ofrecidos por aquella promesa.”⁸

En estas circunstancias, parece bastante difícil motivar efectivamente a la sociedad para que revea su modo de vida –a todas luces destructivo del medio ambiente- aunque no por eso se deba omitir la tarea de recordar la responsabilidad que todo ser humano tiene respecto de sí mismo, de los demás y del resto de los seres vivos o inertes que conforman el planeta.

En su última encíclica, el Papa Francisco afirma que

“la gente ya no parece creer en un futuro feliz, no confía ciegamente en un mañana mejor a partir de las condiciones actuales del mundo y de las capacidades técnicas. Toma conciencia de que el avance de la ciencia y de la técnica no equivale al avance de la humanidad y de la historia, y

⁷ Hans Jonas, ob. cit., p. 56

⁸ Zygmunt Bauman, *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona, Gedisa, 1999, p. 46.

vislumbra que son otros los caminos fundamentales para un futuro feliz. No obstante, tampoco se imagina renunciando a las posibilidades que ofrece la tecnología.”⁹

Jonas vio este peligro cuando escribió que “la promesa de la técnica moderna se ha convertido en una amenaza, o... la amenaza ha quedado indisolublemente asociada a la promesa.”¹⁰

La dirección del llamado del Santo Padre parece tener aspectos en común con el imperativo del pensador judío-alemán quien, consciente de la impostergable exigencia moral que impone las condiciones de la sociedad tecnológica actual, proponía: “obra de modo tal que los efectos de tu acción no sean destructivos para la futura posibilidad de vida”¹¹. Claro que, sin presentar una visión pesimista del futuro ni plantear al estilo del filósofo una *heurística del miedo*, ya que éste no constituye una motivación positiva.

En el mismo documento pontificio, Francisco rescata las palabras de san Juan Pablo II al decir que “no solo la tierra ha sido dada por Dios al hombre, el cual debe usarla respetando la intención originaria de que es un bien, según la cual le ha sido dada; incluso el hombre es para sí mismo un don de Dios y, por tanto, debe respetar la estructura natural y moral de la que ha sido dotado.”¹²

Por eso es que más que nunca hace falta una reflexión profunda acerca del papel que desempeña la ciencia en el mundo actual y su gradual y alarmante alejamiento del recto orden moral. El futuro de la humanidad no puede estar solo en las manos de los científicos. “Una ciencia que pretenda ofrecer soluciones a los grandes asuntos, necesariamente debería sumar todo lo que ha generado el conocimiento en las demás áreas del saber, incluyendo la filosofía y la ética social”¹³, afirma el Sumo Pontífice, aunque agrega que “este es un hábito difícil de

⁹ *Laudato si*, 113.

¹⁰ Hans Jonas, ob. cit., p. 15.

¹¹ Hans Jonas, ob. cit., p. 40.

¹² Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus* (1 de mayo 1991), 38.

¹³ *Laudato si*, 110.

desarrollar hoy”¹⁴, ya que “la técnica separada de la ética difícilmente será capaz de autolimitar su poder.”¹⁵ Desde el comienzo del siglo XX hemos tenido sobradas pruebas de esta afirmación: desde Hiroshima y Nagasaki, pasando por las atrocidades del nazismo hasta la actual manipulación de embriones humanos.

La ecología tiene como objeto de estudio las relaciones entre los organismos vivientes y el ambiente en el que se desarrollan. Afirmamos que el hombre puede servirse de la naturaleza para satisfacer las necesidades primarias que posibilitan su supervivencia, pero no debe caer en la tentación de omnipotencia que le brindan los adelantos técnico-científicos, para evitar el riesgo de ser destruido por lo que él mismo construyó. Por esa razón, las modificaciones que el hombre realice sobre la realidad natural serán lícitas en la medida en que aporte beneficios a la humanidad presente sin afectar a la futura¹⁶. En un sentido profundo, espiritual y trascendente, el principio rector es que “todo uso y experimentación «exige un respeto religioso de la integridad de la creación»”¹⁷

A esta altura ya podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que “no habrá una nueva relación con la naturaleza sin un nuevo ser humano. No hay ecología sin una adecuada antropología.”¹⁸ Y este estudio del hombre es necesario porque “si la crisis ecológica es una eclosión o manifestación externa de la crisis ética, cultural y espiritual de la modernidad, no podemos pretender sanar nuestra relación con la naturaleza y el ambiente sin sanar todas las relaciones básicas del ser humano”¹⁹. Es decir, si hace falta sanar las relaciones humanas, lo primero que hay que hacer es responder a la pregunta acerca de qué es el hombre, cuáles son sus capacidades, qué ubicación ocupa dentro de la Creación.

Estamos transitando desde hace más de dos siglos una época en la que el ser humano se ha colocado a sí mismo en el centro “dando prioridad absoluta a

¹⁴ Idem, 110.

¹⁵ Idem, 136.

¹⁶ Cf., Elio Sgreccia, *Manual de Bioética II. Aspectos médico sociales*. Madrid, BAC, 2014, p. 812.

¹⁷ *Laudato si*, 130, en referencia al Catecismo de la Iglesia Católica, 2415.

¹⁸ Idem, 118.

¹⁹ Idem, 119.

sus conveniencias circunstanciales²⁰ y como consecuencia directa “todo lo demás se vuelve relativo”²¹, al punto que predomina la “lógica del «usa y tira», que genera tantos residuos solo por el deseo desordenado de consumir más de lo que realmente se necesita.”²²

Por todo lo mencionado anteriormente es que debemos repensar nuestra relación con el medio ambiente desde una perspectiva más abarcadora y completa. No podemos dejar de recordar las palabras sencillas pero profundas de san Juan Pablo II, cuando en la Jornada Mundial de la Paz de 1990 aseguró que “toda intervención en un área del ecosistema debe considerar sus consecuencias en otras áreas”²³. Acaso, se pregunta Jonas “no cabe afirmar, por encima de todo, que los seres humanos quieren un futuro? ¿Que el sentido de la existencia no sólo lo ven en el consumo?”²⁴ Si es como el filósofo alemán dice –y no parece haber necesidad de demostrarlo-, el momento de comenzar es ahora. No se pueden dilatar más los tiempos. Cada segundo que pasa sin hacer algo es tiempo perdido, pero un tiempo que se mide en vidas humanas condenadas a vivir insalubrementemente hoy, y a recibir un planeta mucho peor del que nosotros encontramos, mañana.

Como explica Beatriz Contreras Tasso siguiendo a Paul Ricoeur, “la correlación entre conocimiento y acción no es neutral, por tanto, el ensanchamiento del conocimiento determina una ampliación a nivel del poder-hacer... del hombre que afecta el sentido mismo de la vida humana, esto es su poder-ser.”²⁵ Y este poder-ser encierra un aspecto ético que no se puede soslayar: la necesidad acuciante de profundizar el encuentro dialogante entre Bioética y Ecología.

Ezequiel Piro

²⁰ Idem, 122.

²¹ Idem, 122.

²² Idem, 123.

²³ Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1990*, 6.

²⁴ Hans Jonas, ob. cit., p. 45.

²⁵ Beatriz Contreras Tasso, *Los desafíos éticos en la era del conocimiento científico-técnico según la óptica de Paul Ricoeur*, en VERITAS, N° 30 (Marzo 2014), p. 13.